

Con todo, la vida
Notas sobre la pérdida de un embarazo

Carolina Besoain y María Paz Ardito
Colectivo Trenza: Clínica, Psicoanálisis, Género
@trenzacolectivo

Mi maternidad nace como una conversación con las tripas. Quédate, anídate, agárrate. Espero, amo, escribo, hasta sueño.

Desear un hijo es diferente a que ese hijo llegue a ser. Es, en primera instancia, desear que algo comience. Un afecto, el corazón de la materia. Y si bien un embarazo requiere indiscutiblemente de nuestra participación, tiene la estructura del don: lo deseamos, lo buscamos, mas nada lo garantiza. Así, cuando sucede, es un **acontecimiento**. Siempre nos toma por sorpresa. Pero, ¿qué sucede cuando perdemos un hijo en gestación? ¿Dónde queda ese deseo?

Algo palpita en ese dolor necio de mi espalda baja. La vida desgarrar los tejidos de mi continente negro. Algo vive en ese borde inaudible de lo orgánico. Entre tripa, coágulo, membrana. Del denso caos de lo uno a la división celular. Partecitas indistinguibles de un protocuerpo, borde material de un deseo. Latido. Milímetro. Pulso.

En el deseo de hijo hay, por sobre todas las cosas, fe. Creer que algo nos sucederá, y que ojalá sea favorable. *Una vez soñé que miraba a través de mi piel translúcida y sacaba el feto de mi vientre para acunarlo. Era pura luz.* A las *preñadas* nos bendicen, porque en los comienzos de la vida, en la espera, siempre ronda la tragedia. Siempre acecha la muerte.

Me pincho dos, tres, cuatro veces por semana. Acupuntura, sopitas de pollo, guatero. Vuélvete nido, manta, respiración. Ojalá palpite la próxima vez.

“Tu guagüita mide un poco chica. Pero no es mucha la diferencia, son sólo unos pocos milímetros. Sería bueno que volvieras la próxima semana, veamos cuánto ha crecido. Se ve bien tu guagüita.”

Frente a la incertidumbre y a la posibilidad de la muerte es que nace una madre, figura responsable de preservar la vida, pero también chivo expiatorio. Cuántas veces nos decimos, *“si no prevaleció lo que esperaba, es porque algo habré hecho yo mal”*.

“Lo siento tanto, no hay latidos.

Podemos esperar a que tu cuerpo entienda que perdió un embarazo y dejarlo hacer su trabajo. Pero puede ser que no entienda nunca. En ese caso es mejor hacer un legrado. Puedes elegir”.

Una vida me ha sido arrebatada.

Elijo esperar, aunque no estoy en condiciones de decidir nada. Pasan días. Voy a un concierto, tomo. Total, lo que estaba ya no está.

No aguanto más la espera, llamo para agendar el legrado. Cuando llega el día, horas antes de entrar a pabellón, mi cuerpo finalmente entiende, y se lo agradezco tanto. Miro, buscando, por si logro identificar algo que pueda parecerse a esa guagüita. No distingo nada. Me alivia.

Ante un aborto, todas las madres somos Medea. Medea, herida de celos, que decide matar a su rival y a sus propios hijos. Medea, que al despojarse de su maternidad, es desplazada hacia lo monstruoso. Sea espontáneo o intencionado, ante un aborto se trata de la muerte. Y para toda muerte, se debe encontrar culpable. Velar nuestra experiencia de impotencia frente a la vida y la muerte dándole un significado de castigo es, posiblemente, la fantasía más extendida de la historia de la humanidad.

Nada late. Apenas se ve una protuberancia. Hay algo pero dejó de crecer. Hay que seguir esperando. Repetir la ecografía en una semana. "Normas de la clínica". Nada es más importante que generar evidencia, que no haya dudas de la inocencia del médico cuando raspe. No importa si tengo que volver a ir y esperar horas, entre las mujeres con panza, para asegurarle al juez que dentro de mí ya no late nada. Llego temprano. Me preparan como a cualquier mujer embarazada de la sala de maternidad. Bata, calzón, camilla, blancas. Una enfermera me toma el pulso. Anota en su cuaderno y sonrío. Cuando ya estoy lista me abren las piernas para introducir el misoprostol. "Puede doler un poquito, es para que empieces a sangrar". Después de un par de horas me vienen a buscar para ir al pabellón. Atravieso los umbrales de la sala de maternidad. El anestesista me da unos golpecitos en la espalda, "te va a doler un poquito", advierte. Otro pinchazo. Todo se duerme, mis piernas parecen prótesis de goma, me siento una muñeca, ¿es así como se siente un cadáver? El legrado también es un parto.

Cómo se inscribe una pérdida es singular para cada mujer. Primeros instantes, primeros latidos, discurren entre la vida y la muerte. Hay una discontinuidad entre todos los momentos de la vida anterior y este. Y siempre deja alguna huella.

Pido copias de esa última ecografía. Si algún registro quedó, quiero que se quede conmigo. Esta desolación no se parece a ningún otro dolor, pero me arrastra el deseo de quedarme con evidencia tangible, algo más allá de aquello que ya no late dentro mío. Quiero que esta vida chiquitita que ya no es más quede registrada también para otros. Quiero una huella. Miro las fotos, y me parece tan perfecto lo que (apenas) logro distinguir, esa cascarita hermosa de una guagüita que no fue. Amor y dolor me inundan en partes iguales. Y busco, busco algo, no estoy segura qué-, un lugar al que volver. Algo que, quizás, me ayude a aferrarme a que aquí sí hubo vida.

Pérdida y muerte, ¿quedarán inscritas más del lado de la vida o de la muerte?

Palabra y registro abren la posibilidad de inventar la vida en el proceso de nombrar la pérdida.

Mi perra ladra en el patio. Salgo y veo a sus pies un pajarito. Lo acuesto en una cajita. Busco un platito para darle agua. De un suspiro a otro se muere el pajarito. Esa noche sueño que le rebano un pedazo de carne a un hombre. Lo tomo y sin pensar lo meto a mi boca y me lo como. Despierto antes del amanecer. Siento la necesidad de plantar algo en mi jardín. Que algo florezca en esta casa.

Se trata de un trabajo colectivo hablar, reconocer y hacer hospitalidad en la comunidad al evento de una pérdida. Porque la pérdida de un embarazo está hecha de la materia de lo vivo, un lazo en el que hay al menos dos y la palabra que los acordona. Y porque es con otros, en el

encuentro de amor y cuidado, donde podemos encontrar esas filiaciones ocultas que nos permiten hacer hospitalidad.

Y con todo, la vida. Dar a luz al acontecimiento de un aborto espontáneo en el simbólico colectivo, permite que se nos presten imágenes para representarnos uno de los dolores más privados. Es la palabra, siempre, la que puede abrirnos a dejarnos transformar por un misterio donde la vida y la muerte están tan cerca, y para poder componer una cura a ese dolor.

En Japón los llaman niños del agua. Yo preferí las palabras y un entierro para mi pajarito de tierra.